

Jeromin

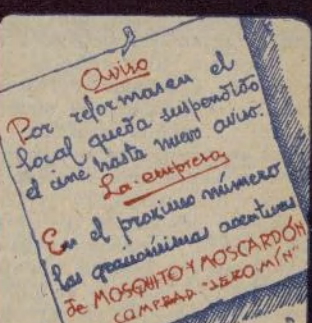
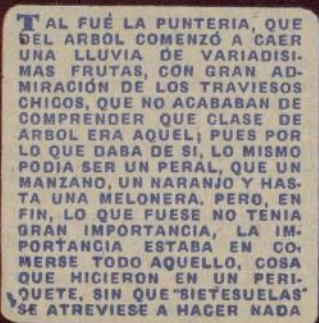
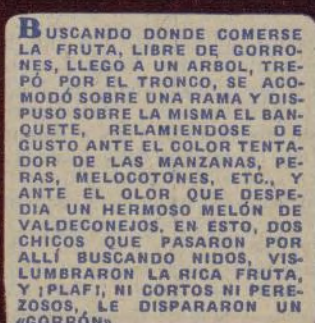
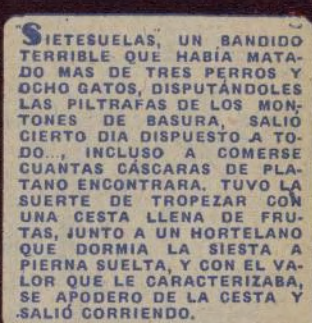
• 10 • céntimos

AÑO II

Revista para jóvenes

MADRID

NUM. 83





Las niñas del tercero eran cuatro pitusas flacas por la pelusa que se las comía; a la chiquita del sotabanco no la podían ver ni en estampa no se sabía por qué, puesto que no les había hecho ningún daño, pero ello es que siempre andaban zahiriéndola y haciéndola burla, y que no se asomaba una vez a la ventana Felisita que no la insultaran con una mueca de desdén. El motivo de semejante inquina no parecía ser otro que aquella muñeca tan cuidada, porque hay que advertir que las muchachas del tercero no poseían ningún juguete, en justo castigo a su holgazanería. Las cuatro eran

unas solemnes haraganas; cuidado que sus padres, pensando hacer de ellas el día de mañana mujeres de provecho, trataban por todos los medios imaginables de acostumbrarlas al trabajo, de enseñarlas las faenas de la casa; ya rayaba la que menos en los diez abriles, y desde su nacimiento se enderezan los arbolillos; así, fueron encargadas dos a dos de llevar algunos días de la semana el arreglo doméstico, y las pequeñas recogían los cacharros después de almorzar y comer, los secaban luego de fregados, lavaban la ropa menuda y ayudaban, en fin, a la criada en su obligación,

bien que rompiendo bastantes platos y copas y realizando todos los menesteres de mogollón... ¡Y nada!... Hasta que no cumplieran su cometido seis meses sin la menor tacha no vendría la muñeca... Mientras, la niña del sotabanco, una pobre, se hallaba tan descansadita, jugando sin cesar... Es claro... Felisa, atacada por sus vecinas, en justa defensa, concluyó por volver insulto por insulto y mueca por mueca... Entonces, las soberbias vecinitas del tercero juraron vengarse de Felisa, y se prometieron vengarse bien... Dios santo, ¡qué monstruoso plan idearon los infantiles cere-



bro!... No dijeron nada a nadie, procuraron que sus papás no se enteraran del caso y, luego de muchos cabildeos, una de las hermanas, la pequeña, y a la vez la más revoltosa y decidida, quedó encargada de una delicadísima comisión: la de robar la muñeca de Felisa y hacerla trizas... ¡Con qué gusto iban a pisotear el insultante monigote de la chica del sotabanco!... Pero... ¿cómo atrapar el juguete?... Era preciso vigilar, acechar hasta el más insignificante paso de la niña, aprovechar cualquier oportunidad en la que dejara el cuarto solo... La casualidad vino en ayuda de las cons-

piradoras. Un día la portera llamó por el patio a Felisa; su madre no se hallaba en casa; abajo un hombre del pueblo preguntaba por ella al parecer; el apellido que el palurdo traía escrito en un papel era el mismo de la obrera; el palurdo no consintió en subir; se trataba de un anciano y le asustaban los ochenta escalones que había hasta el sotabanco. Felisa no vaciló y se brindó a bajar, dejando entreabierta la puerta del piso. Para qué querían más las envidiosas del tercero; en cuanto se enteraron de que la vecinita bajaba al portal, esperaron a que pasara de su piso; la oyeron

agrupadas detrás de la puerta y en seguida, mientras las hermanas se ponían a lavar para no llamar la atención, la menor de las cuatro, por si su mamá la sorprendía, remangándose, andando de puntillas, se encaminó cautelosamente, pero en cuatro brincos, al sotabanco... Estaba entreabierto... ¡Habían triunfado!... Resuelta, sin vacilar, la chiquilla penetró en el cuarto, a bulto entró en la primera habitación que encontró delante y allí distinguió sobre una mesita la odiada muñeca... ¡Ah!... ¡Ya no se escapaba!... Y, a la verdad, era muy mona la señorita y se hallaba vestida



con modestia, pero con muy buen gusto... La osada ladronzuela se acercó a la mesa, cogió el juguete algo trémula, se lo echó bajo el brazo y se salió del sotabanco con su presa... La distancia al tercero era bien corta; pero... ¡Dios santo!... De pronto oyó unos pasos menudos como de alguien que subiera la escalera a escape, y las pisadas se sentían cerca, tan cerca que apareció en un descansillo Felisa jadeante... La ladronzuela se quedó parada, inmóvil, convertida en una estatua, sin darse cuenta de lo que acontecía, con la muñeca bajo el brazo... En seguida la vió Felisa, y no menos asombrada que su enemiga, la pregun-

tó dónde iba con aquel juguete y dónde lo había tomado... La del tercero no acertó a contestar, y entonces Felisa se abalanzó sobre la muchacha, la arrancó de un tirón la muñeca y entre gritando y llorando comenzó a decirla a voces: «¡Ladrona!... ¡Ladrona!...» La que se armó entonces fué mayúscula; alborotóse la vecindad; los señores del tercero, como más cercanos, salieron en seguida a la escalera; los porteros tomaron parte en el asunto, y la pobre Felisa, toda acojonada y medio muerta, contó lo que le había acontecido... Los señores del tercero conocían de sobra a sus hijos; sin embargo, la acusación era muy fuerte...

Subieron con Felisa al sotabanco y ¡oh Providencia!... En el suelo de la salita encontraron el pañuelo del moco de la más pequeña de las envidiosas... Sin duda se le había caído sin ella notarlo... No cabía ya la duda... Entonces, estrechada por sus papás, confesó la chica la terrible conjura tramada entre las cuatro; creo que se quedaron sin postre durante un mes en castigo de su villanía, mientras la niña del piso cuarto continuó tan feliz con su muñequita y su cochecillo de nimbres.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

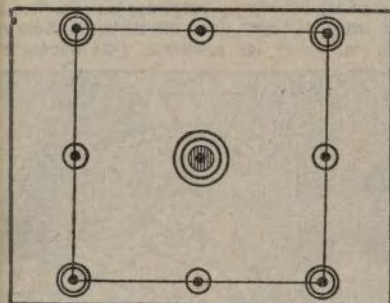


CASOS RIDICULOS DE SUPERSTICION

¡Bueno! Los casos de superstición son todos ridículos, conste así. Vamos con un ejemplo. Cuentan de un conde de Auhalt Dessau, que se las daba de espíritu fuerte, esto es, de no creer en Dios (precisamente los incrédulos suelen ser todos espíritus flojos y cobardes), que cuando iba de caza, si se encontraba con tres viejas, mudaba de camino, pues, según él, tal encuentro era señal cierta de mala suerte. Ese mismo conde no emprendía negocio alguno en viernes, porque también, según él, era día nefasto y daba mala suerte.

¡Parece mentira que hombres hechos y derechos crean en tales paparruchas! Los que así proceden, indudablemente, tienen el juicio desequilibrado; esto es, son tontos o locos, aunque parezcan otra cosa.

Los lectores de JEROMÍN deben reírse de todos esos disparates y, para librarse de caer en ellos, conservar pura su fe en Dios y las enseñanzas de la religión católica.



LA PLAZA FUERTE

En este juego de canicas, uno de los más entretenidos, pueden tomar parte varios jugadores, individualmente o constituidos en dos bandos, que simularán dos ejércitos contrarios. Se traza en el suelo un cuadro grande de tres o cuatro metros de lado; en los extremos y parte media de las líneas que forman el cuadro se ponen botes u otros tarros, que figuran ciudades o plazas fuertes, y en el centro del cuadro otro, que es la capital. La capital está rodeada de tres fosos, en hoyos circulares; las plazas de las esquinas de dos y las otras de uno (los botes pueden ser sustituidos por hoyos). Consiste el juego en ganar todas las plazas, lo cual se consigue metiendo la canica en el bote u hoyo. Se comienza a tirar por turno elegido por suerte, desde una distancia de seis u ocho metros, procurando meter la canica en alguna de las plazas fuertes, en cuyo caso toma posesión de ella, y desde allí procura ganar otra plaza o desalojar de ella al enemigo, si está tomada ya por éste, y también rechazar los ataques de que sea objeto, rechazando las canicas de éste con un tiro y echándolas al foso. (Seguirá la explicación de este juego.)

LA AGUJA NADADORA

¿Creéis vosotros que las agujas nadan? Mejor dicho, ¿que pueden flotar sobre el agua sin hundirse? Haced la prueba y veréis cómo no lo podréis. Sin embargo, es cierto que pueden flotar sobre el agua, con gran admiración de los que contemplen el prodigio. JEROMÍN va a deciros cómo se logra hacer flotar la aguja sobre el agua. En un plato o en una copa echáis agua; sobre la superficie del agua ponéis un papel de fumar, extendido, y sobre el papel, la aguja. Hecho esto empujáis con cuidado el papel hacia abajo para que se empape bien de agua; logrado esto, el papel se hunde, esto es, se va al fondo, quedando la aguja sobre la superficie del agua sin hundirse.

Ya veis con qué facilidad se realiza. Hacedlo y veréis.

ESPAÑA MONUMENTAL



LA CATEDRAL DE LEON

Las fotografías que publicamos hoy re-

presentan: la primera, un detalle de crucero, San Erasmo; la segunda, el sepulcro del Obispo Martín Fernández, y la tercera, idem del Obispo Martín Rodríguez.





Cascarilla, después de vender la borriquilla, no sabe qué hacer.



Resuelve al fin, buscarse un medio decoroso de vida.



Pasa junto a un estudio de cinematografía y se le ocurre una idea.



—Seré director peluciero—. Voy a ver si me contratan.



Entró y le admitieron. Conque ya lo saben, Cascarilla es ya peluciero.



***** chistes *****



—¿COMO SERA EL DESIERTO, SEÑOR BELLÓTEZ?—
—YO ME LO IMAGINO COMO UN BOSQUE INMENSO, SIN NINGUN ARBOL.



—¿CUANDO HACE USTED TRABAJO MAS FORZADO?—
—ANTES DE ALMOZAR.



—ESTA ALFOMBRILLA NOS SERVIRIA MUY BIEN DE CARRO PARA LLEVAR LA MERIENDA.

Maravillosa Historia de Jeromin



un león, cuando yo haga una señal, empezará a rugir; vosotros, los titiriteros, comenzaréis a trepar por los barrotes del catre; los chóferes, darán la orden de fuego, pero sin disparar. Sólo se me da, por ahora, de asustarla. ¿Os habéis enterado?



nes, muñequitos! La niña despertó sobresaltada y miró con sorpresa y espanto la escena que la rodeaba. «¿Qué es esto?», dijo. «¿Quién ha traído aquí toda esta basura?» «Cuidado con insultar, señorita, dijo JEROMIN; no nos ha traído nadie, hemos venido nosotros solos a vengarnos de ti.»



«Ahora vamos a juzgarte y a sentenciar, según los cargos que contra ti resulten. ¡A ver, señores magistrados!, dijo a dos muñecos vestidos con togas, vengan acá, que vamos a constituir el tribunal; yo seré el juez.» Tomaron asiento, y JEROMIN ordenó el desfile de testigos.



—¿QUE RABIA LE VA A DAR AL PAPA SI TO CUANDO SE ENTERE DE NUESTRA MERIENDA YA EL NUESTRO HEMOS DICHO NADA!



«¿Si», contestaron a coro los muñecos. «Pues atención, que va a comenzar la fiesta.» Dicho esto, JEROMIN se acercó a la cama y dio un papirotazo, con los dedos, en la nariz de la niña. «Eh, señorita; despierte, que ha llegado la hora de recibir el castigo por todos sus crímenes.»



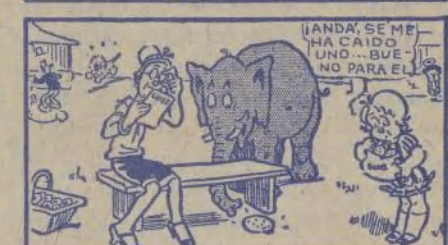
los agravios que hemos recibido de ti.» «¡Mamá! ¡Socorro!», gritó la niña llena de miedo. «¡Silencio!, o lo pasarás peor.» Pero la niña gritó más fuerte: «¡Socorro, que me matan!» Entonces JEROMIN la dirigió la luz de su linterna y la dejó paralizada, pero sin quitarle el sentido.



«¡Ahora vamos a juzgarte y a sentenciar, según los cargos que contra ti resulten. ¡A ver, señores magistrados!, dijo a dos muñecos vestidos con togas, vengan acá, que vamos a constituir el tribunal; yo seré el juez.» Tomaron asiento, y JEROMIN ordenó el desfile de testigos.



—¿QUE RABIA LE VA A DAR AL PAPA SI TO CUANDO SE ENTERE DE NUESTRA MERIENDA YA EL NUESTRO HEMOS DICHO NADA!



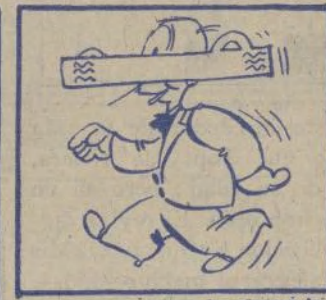
***** chistes *****



—SU PERRO ES TERRIBLE SE PARA DELANTE DE TODOS LOS ESCAPARATES.



—DOCTOR, NO HAGO MAS QUE VER VISIONES. —DESCUELQUE TODOS LOS ESPEJOS DE SU CASA.



—¿Pues nada, no los despreciamos; sería una grosería impropia de mí!



—VO TAMBIEN HE MERENDADO SIN DECIRDS A VOSOTROS NADA...



—¿PERO, diga, mozo! ¿Y los pasteles? —Vea si quedan restos entre mis dientes.



—¿PERO, diga, mozo! ¿Y los pasteles? —Vea si quedan restos entre mis dientes.

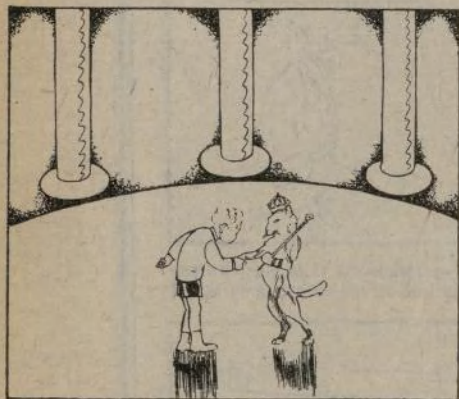




Cuentos fantásticos

(Continuación.)

Gustavo estaba muy contento, e indicó al rey la manera de servirse del aparato. «Tenga vuestra majestad mucho cuidado para cogerse el extremo de su pata blanca», le dijo, temeroso de un accidente que hubiera cambiado de raíz las buenas disposiciones del rey. Se puso el aparato a la entrada de un agujero que daba acceso al país de las ratas, y permanecieron todos inmóviles, con las miradas fijas en la puertecilla abierta. El rey de los gatos estaba acostumbrado a estar así de espera; pero Gustavo encontró el tiempo interminable. ¡Hora y media sin moverse! Era la vez primera que le ocurría, y estuvo en muy poco que no se durmiera. Por fin, se escuchó un ruidito en la ratonera. «¡Ya cayó!—exclamó Gustavo—; y ahora, utilizando vuestra promesa, podré marchar.» El conde Gatogrís y la señorita Topsy



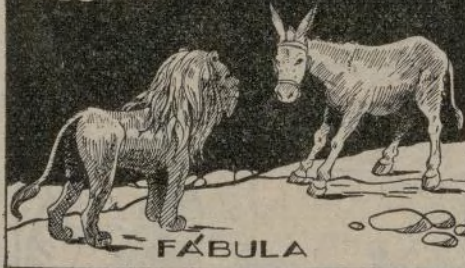
bailaban de gusto alrededor de la rata prisionera. Pase que Topsy lo hiciera, por ser propio de su edad; pero en un gatazo viejo era impropio. El rey se dignó dar una explicación a Gustavo. «Mis súbditos van a alegrarse mucho—dijo—. Yo me como habitualmente veinticinco ratas para el desayuno, y otras tantas en la comida, y esta maquineta permitirá a mis vasallos algunos descansos.» Gustavo tenía tanta prisa por marchar, que apenas oía lo que hablaba el rey, y éste lo advirtió. «Comprendo que tengáis prisa por alejaros; pero tranquilizaos, pues sólo tengo una palabra: sois libre; pero os exijo un juramento solemne. Juradme que nunca atormentaréis a ninguno de mis súbditos; que no sólo no les tiraréis de las orejas ni del rabo, sino que no les perseguiréis, que no les tiraréis piedras, ni palos con mala intención, y que influiréis con vuestros amigos y camaradas para que os imiten.» «Lo juro», dijo Gustavo. El rey, después de darle a besar su pata, le confió al conde Gatogrís, quien le condujo

EL REY DE LOS GATOS

por el mismo camino que le sirviera para entrar, hasta la entrada de la encina hueca. La alegría de Gustavo volviendo a ver la luz del día fué tanta, que perdió el conocimiento durante algunos momentos, y cuando volvió en su acuerdo, el sol poniente doraba las copas de los árboles. «¡Qué tarde es!», exclamó, estirándose como si saliera de un profundo sueño. Después pensó: «¿Y dónde está el conde Gatogrís?» El conde había desaparecido; pero un animal de piel gris se paseaba por los árboles, encima de la cabeza del niño, sin duda para enseñarle el camino. El niño recogió el sombrero y siguió a su guía, sin ocurrírsele tirarle piedras. A poco el gato desapareció, y Gustavo, saliendo del bosque, corrió a su casa, pues ya era demasiado tarde y temía una reprensión de su padre. Iba meditando en la extraña aventura que le había ocurrido, seguro de que cuanto había visto y oído era la pura realidad. Cuando lo contara, nadie le querría creer. ¡Cómo iban a creer lo del palacio gatuno y lo del rey de los gatos con toda su corte, ni más ni menos que los reyes de los hombres! «Y el gatazo gris, ¿dónde se habrá metido?», se preguntaba. Cuál no sería su asombro al llegar a casa y verle durmiendo tranquilamente en su sitio acostumbrado: un taburete próximo adonde estaba Topsy; ésta mostraba, inclinada sobre la oreja, la gorra de cintas azules que Gustavo vió mientras que ella

(Continuará.)

EL LEÓN Y EL ASNO



Un asno, que encontró a un león, se permitió burlarse de él, diciéndole con sorna: —¡Dios te guarde, amigo! —¡Miserable!—repuso el rey de las selvas—. Mereces que te despedace, pero no mancharé mis dientes con tu sangre. Perdonemos a los ignorantes y a los necios, porque su osadía no está a la altura de nuestro desprecio.

ESOPHO

Ayuntamiento de Madrid



Qui 2A qui To To:
Os indiqué en NOTA an
T R IDA que con
go D propone NOTA
ent LOLO istas de u
na en pro del bien ba
blar, y os D cia que en
su C suras iria expli
ta D 1º asunto se he
suelto tratarlo en otra for
ma, EE to EE, en una sec
ción ex P cial, don D se ex
plique con MAYO 13 6 amplitud
y claridad. Em Pza
pronte y EE que To 2
acó Gran con TU el pro
yecto. Os abrazara



REGALA UNA BICICLETA A SUS LECTORES

Desde el número 77 hemos puesto una contraseña en varios ejemplares de cada número y la seguiremos poniendo del mismo modo hasta fin de noviembre. Los lectores de JEROMIN deben conservar cuidadosamente todos los JEROMINES de septiembre, octubre y noviembre, por si alguno de ellos va marcado con la contraseña, la que dará derecho a tomar parte en el sorteo de la bicicleta. Ya diremos en qué consiste la contraseña de cada número y lo que deben hacer para tomar parte en el sorteo.

Con que a comprar y a coleccionar JEROMIN, a ver quién se lleva la bicicleta. Publicaremos el retrato del favorecido.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

- 1.º —¿Quién ha roto ese plato?
- Yo, mamá..., no lo sé...; yo no he sido.
- Dime quién lo ha roto y te doy un dulce.
- ¿De veras?
- De veras.
- Pues dámelo, porque ya te lo he dicho.

La España Gloriosa



Don Juan de Austria

Don Juan de Austria es una de las figuras más simpáticas de la historia de España, y desde luego una de las más notables y sobresalientes de su época. En ella se inspiró el eminente escritor P. Coloma para escribir su notabilísima y célebre novela histórica titulada *Jeromín*, que nos sugirió a nosotros el título de nuestra Revista. Don Juan de Austria fué hijo natural del invicto Carlos I de España y V de Alemania, hermano, por lo tanto, de Felipe II, una de las figuras reales más sobresalientes y eminentes de la historia universal. Para probar esto último basta con anotar lo mucho que sobre él se ha escrito y se escribe, tanto en pro como en contra.

Nació D. Juan de Austria en Ratisbona, el año 1546. Su padre, el emperador, quiso, por varias razones, que permaneciese en secreto el nacimiento de su hijo bastardo, y, con el nombre de *Jeromín*, vivió los primeros años de su vida en el pueblo de Leganés, próximo a Madrid, bajo la custodia de un clérigo llamado Bautista Vela. El pequeño *Jeromín* hacía la vida de los demás niños del pueblo, jugando con ellos como un igual en categoría social, y aun vistiendo con la modestia propia de los labradorcitos.

Como es de presumir, la educación que recibía en Getafe no era la más apropiada para un príncipe, y el rey se le confió a su mayordomo D. Luis Quijada, señor de Villagarcía, uno de los personajes de más prestigio en la corte, en quien el emperador tenía puesta toda su confianza, a fin de que bajo la dirección de doña Magdalena de Ulloa, esposa de D. Luis, señora de altas prendas, discreta, honesta y virtuosa, recibiera el príncipe la educación esmerada que correspondía a su rango. Era D. Juan de muy buen natural, dotado de singulares prendas de cuerpo y alma, por lo que se conquistaba fácilmente la simpatía de cuantos le trataban, y desde muy joven comenzó a dar pruebas de lo que con el tiempo habría de ser, lo que satisfacía en extremo a su padre el emperador, que, ya retirado en el Monasterio de Yuste, se le hacía llevar de vez en vez, para contemplarle y acariciarle sin darse a conocer y sin que nadie se explicase tal predilección por aquel paje, pues como tal se le hacía pasar, de D. Luis Quijada. Gozaba, dicen las crónicas, el emperador, al ver la gentileza y sobresalientes dotes de su hijo y, aunque el secreto de tales distinciones permanecía oculto, la gente empezó a sospechar algo de la verdad y se hacían mil comentarios y conjeturas sobre aquel niño, del que sólo se sabía que era paje de D. Luis.

Esperaba D. Carlos para despejar la incógnita a que su hijo D. Felipe se hiciera cargo del reino para hacer pública la verdad sobre el pequeño Juan; pero se fué de este mundo sin que la supieran, fuera de contadas personas a las que él se la había comunicado. Desde luego, D. Felipe había sido una de ellas, recibiendo el encargo de que



LIGA DEL «BIEN HABLAR»

Va llegando la hora de que los jeroministas hagan algo práctico en pro de la cultura y vamos a proponerles una cosa de muy fácil realización, que no cuesta dinero ni quita tiempo a sus estudios. Cosa que pueden hacerla en sus casas, en la escuela o colegios y jugando con sus compañeros. ¿Sabéis qué?

Voy a deciroslo; es muy sencillo: formar una Liga en pro del «bien hablar».

El lenguaje es uno de los dones más hermosos que Dios ha dado al hombre; pocas cosas hay que conquisten tantas simpatías como la palabra bien hablada.

Pero la palabra es como las flores: bella y hermosa cuando es correcta, limpia, fresca y pura; de lo contrario, es fea y repulsiva. Y lograr esa corrección, frescura y pureza en la palabra sólo cuesta... ¿Sabéis qué? Pues querer.

En números sucesivos iremos exponiendo nuestro proyecto.

CHISTES

—¿Cuántos años tienes?
—Catorce.
—Y a los catorce ya te dedicas al robo?
—Me dijeron en la escuela que ya podía salir a oficio.

Mariano Pérez Gutiérrez, 11 años (Toledo.)

—¿Para qué se le pone el freno a los caballos?
—Para domarlos.
—No es eso.
—Para poder guiarlos.
—Tampoco.
—Pues entonces, ¿para qué se le ponen?
—Muy sencillo; porque ellos no saben ponérselos.

Guillermo Rodríguez (Alendia).

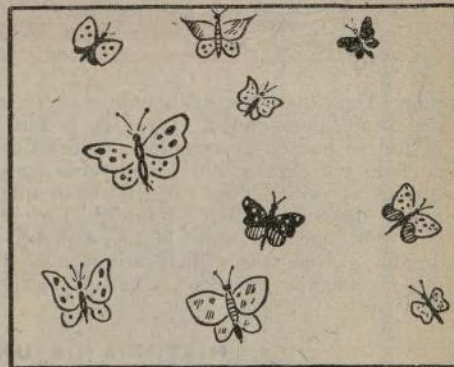
COLMO

—¿Cuál es el colmo de un calero?
—Vender cal...cetines.

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 24 y veréis lo que Jeromín ha hecho con la arena.



2.º A ver quien es capaz de separar a esas diez mariposas con sólo cuatro líneas rectas.

LA MAS AMENA Jeromín LAMAS INSTRUCTIVA

REVISTA ILUSTRADA PARA JÓVENES SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALDERÓN DE LA BARCA, 4. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR, AÑO 5,20; POR PAQUETES, A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR

LOS PAGOS ADELANTADOS

TELÉFONO: 18491



2.º Tengo dos criadas que hacen todo lo que les mando, y nada les pago.

(Las soluciones en el próximo.)

SOLUCIONES DEL ANTERIOR

- 1.ª Lima, que igual a LI-M-A.
- 2.ª La luna.



Había salido el pequeño Ned, al atardecer, a dar un paseo en una vieja lancha, e impensadamente se internó en el mar más de lo que él hubiera deseado; como empezaba a oscurecer rápidamente, Ned viró en redondo y emprendió el regreso con gran cuidado, pues había fuerte marejada y corría peligro de estrellarse contra los arrecifes. De pronto, un gol-

pe de mar arrojó la barquilla sobre unas rocas, la cual quedó destrozada, salvándose Ned milagrosamente, pues el choque le despidió de la barquilla y fué a caer en el agua. Como era un buen nadador, a poco cabalgaba sobre el lomo de la roca más saliente y escudriñaba la oscuridad, pues no se le ocultaba que aquellas rocas eran cubiertas durante la no-

che por la marea. Pero Dios, que siempre está de parte de la inocencia, no le abandonó, y a poco de soportar aquella angustiosa situación, Ned distinguía una embarcación pesquera que a duras penas se defendía del temporal y que, al parecer, se dirigía hacia las rocas en que él estaba. Rápidamente se lanzó al agua y ganó a nado el costado de la



barca. No bien estuvo en ella advirtió a sus salvadores que cambiaban el rumbo, no fueran a estrellarse contra las rocas, como a él le había sucedido; fué el más viejo de los pescadores a poner en práctica el consejo, y no bien había puesto mano en el timón cuando un violento bandazo le sacó de la barca, yendo a caer en las alborotadas y rugientes aguas.

Pero Ned, que con horror había presenciado el accidente, no tuvo un momento de vacilación, y, sin pensar en el peligro a que se exponía, pues la tempestad arreciaba por momentos amenazando anegar la barca, se lanzó al agua para salvar al viejo pescador, que, falto de fuerzas, hacía esfuerzos desesperados por mantenerse a flote. A poco llegaba a él

y, asiéndole de la blusa, emprendió el retorno a la barca, logrando a los pocos momentos, y con ayuda del otro pescador, izarle a bordo. No bien estuvo en la lancha perdió el viejo el sentido, pues había sido muy fuerte la emoción; le acomodaron como mejor pudieron y Ned, sin preocuparse de los escalofríos que recorrían su cuerpo, se hizo cargo del ti-



món. Toda la noche estuvieron a merced del oleaje, pues con el fragor de la tempestad se habían desorientado y su único cuidado era el de evitar los choques contra los arrecifes, pues no ignoraban que serían de consecuencias fatales. El viejo pescador, que ya había vuelto en sí, prodigaba a Ned frases de gratitud que él no se juzgaba acreedor a ellas. «Hijo

mío, le decía, me has salvado la vida.» A lo que Ned respondía: «Y antes vos a mí; de manera que una buena acción merece otra.» Cuando amaneció observaron con la natural alegría que se hallaban a pocos metros de la costa, así que dieron fervorosas gracias a Dios y se dirigieron a sus casas, en las que ya seguramente les darían por muertos. En

la playa estaba la mujer del pescador viejo, y entre ella y Ned lo llevaron a su casa. La pobre mujer colmó de atenciones a Ned, pues ya se consideraba viuda, y más cuando su marido la refirió la valerosa manera como Ned le había salvado la vida. A lo que Ned volvió a repetir: «Una buena acción se paga con otra.»

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE». (Continuación)



El cuchillo fué a pegarse a la piedra, cosa que llenó de espanto a los negros, pues aquello era señal de que el enemigo

había invadido el territorio y le amenazaban toda clase de calamidades. Churrete se reía del miedo de sus súbditos y

los castigó por cobardes, dándoles a cada uno un coscorrón con el cetro. (Continuará.)